

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO DE JUAN

(Teresa Okure. Comentario Bíblico Internacional. Extracto)

La mayoría de la gente lee a Juan sólo en el contexto de la liturgia. A veces, se temen algunos pasajes de este evangelio cuando aparecen en el ciclo litúrgico (p.ej., Jn 6, los domingos XVII a XXI del tiempo ordinario, año B; y del viernes de la segunda semana de Pascua al sábado de la tercera semana de Pascua). Mientras que los evangelios sinópticos están llenos de historias, parábolas, anécdotas, curaciones y dichos memorables de Jesús, el evangelio de Juan parece deleitarse con discursos monótonos y, comparativamente, tiene pocas historias. Su lenguaje es a veces tedioso, su vocabulario, limitado y reiterativo. En conjunto, este evangelio parece moverse dentro de un mundo propio, alejado del mundo del resto del NT, y más alejado aún del mundo del lector contemporáneo. Por otro lado, ciertos dichos del evangelio de Juan son memorables, y se han convertido en expresiones conocidísimas en la liturgia. Este evangelio es además rico en imágenes y escenas vivas que han inspirado a muchos artistas: las bodas de Caná (2,1-11), la mujer junto al pozo (4,7-26), la unción en Betania (12,1-8), el lavatorio de los pies (13,1-11), la vid y los sarmientos (15,1-8), el buen pastor (10,7-18) y el encuentro de Jesús resucitado con María Magdalena (20,11-18).

1. La finalidad del evangelio

Jn 20,30-31 declara por qué fue escrito el evangelio. Este pasaje, por tanto, contiene la llave maestra para comprender el evangelio y las disposiciones que pretende inculcar en el lector. De este pasaje clave se pueden sacar las siguientes pistas para la comprensión del conjunto:

- 1) El evangelio está escrito conscientemente como un «libro» (20,30; 21,25), no se comunica simplemente en forma oral. Sus características literarias únicas son, por consiguiente, importantes para su significado.
- 2) El significado completo del evangelio radica en el libro como un todo, no en pasajes aislados. Por tanto, para captar su significado completo es preciso leer dicho «libro» de cabo a rabo.
- 3) Los acontecimientos narrados son deliberadamente selectivos, no se cuentan en todos sus pormenores. El autor supone un conocimiento más completo de las tradiciones de Jesús por parte del lector al que se dirige. Tal conocimiento se encuentra hoy primordialmente en los evangelios sinópticos.
- 4) Los acontecimientos narrados son llamados deliberadamente «signos». Un signo apunta a una realidad distinta de sí mismo (una señal de carretera que señala hacia un lugar no es ese lugar). Pero es preciso conocer el significado del signo y seguirlo si se quiere llegar a la meta o destino deseado. Los «signos» que Jesús obra en el evangelio tienen una conexión intrínseca con sus pretensiones (p.ej., dar la vista a los ciegos y ser la luz del mundo).
- 5) El evangelio fue escrito por un creyente para otros creyentes, ya sea para fortalecer la fe de quienes ya creían, o bien para inspirar la fe en nuevos conversos.
- 6) El tono principal del evangelio es persuasivo. El evangelista exhorta al lector a escuchar con el corazón la totalidad del testimonio dado acerca de Jesús en el evangelio (19,35; 21,24) para que crea en él y de él reciba vida eterna.
- 7) Todos los acontecimientos narrados en el evangelio tienen este único propósito: persuadir al lector para que crea y confiese, junto con otros, que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios, a quien Dios envió por amor al mundo, para dar vida perdurable a quienes crean en él. Cada uno de los episodios del evangelio es un intento de desarrollar esta tesis.

2. Género literario

El «libro» de Juan es clasificado como «evangelio», aunque en él no aparecen la palabra «evangelio» ni el verbo «evangelizar». El término «evangelio» se aplica al relato que cuenta el origen de Jesús, tanto divino (1,1-2.18) como humano (1,14.45), su ministerio en Galilea y en Judea, su pasión, muerte y resurrección y la misión que hizo a sus discípulos llenos del Espíritu de proclamar esta buena noticia al mundo entero (20,21-23).

En la literatura antigua, las palabras hebreas y griegas traducidas al español por «evangelio» expresaban fundamentalmente un mensaje de liberación y salvación para los receptores. Básicamente significaba la derrota de un atacante, la liberación de la opresión y la consiguiente desaparición de la amenaza para la vida. Tales noticias de victoria eran traídas por un mensajero o pregonero, normalmente con gran velocidad y alegría, a una ciudadanía que aguardaba con impaciencia. Daba lugar a jubilosas celebraciones públicas entre los ciudadanos liberados (cf. Is 52,7-12).

En el evangelio de Juan, el evangelista es el mensajero o pregonero que trae la buena noticia de Jesús y su «victoria sobre el mundo» en favor de la humanidad (16,33; 19,30). Invita al lector a dar la bienvenida y celebrar esta victoria creyendo en Jesús y en su misión salvadora. Por medio de la fe el lector hace personalmente suya esta buena noticia que es Jesús mismo (20,31). En otras palabras, la fe en Jesús proclamada en el evangelio constituye la victoria del lector sobre el mundo (cf. 1Jn 5,5), es decir, sobre el pecado y la muerte (cf. Jn 3,16-17; 5,24; 6,40.47; 10,28; 11,25-26).

Para Juan, Jesús es la Buena Noticia porque él libera de todas las fuerzas que trafican con la muerte, oprimen a la humanidad y constituyen la auténtica amenaza para la verdadera vida (la eterna). Los creyentes actuales han de convertir este evangelio en su propia buena noticia identificando las fuerzas que trafican con la muerte, y sus manifestaciones concretas dentro de sus propios entornos sociales, y aplicando su fe en Jesús a erradicarlas.

3. Estructura del evangelio

De las muchas estructuras propuestas, la más popular es la del «Libro de los signos» (Jn 1,19-12,50) y el «Libro de la gloria» (Jn 13,1-20,31), con 1,1-18 como prólogo y 21,1-25 como epílogo. Pero el primer signo de Jesús recogido en 2,1-11 también revela su gloria, y la resurrección como tal es el signo final y definitivo dado por Jesús mismo. Una sugerencia afín ve 1,1-12,50 como «revelación de la gloria al mundo» (es decir, a los de fuera), y los caps. 13-20 como una «revelación de la gloria a los discípulos» (pero cf. 2,11).

La estructura retórica clásica del evangelio también puede servir de base para su estructuración. En esta propuesta, las partes serían: introducción (1,1-51), presentación de los hechos acerca de Jesús (caps. 2-12), explicación detallada de la trascendencia de los hechos presentados (caps. 13-17), presentación de las pruebas finales en apoyo de las declaraciones hechas por Jesús y en favor de Jesús (caps. 18-20), e ilustración de la trascendencia de dichas declaraciones para los discípulos o comunidad creyente (21,1-25).

Otras estructuras podrían basarse en las principales fiestas mencionadas en el evangelio (2,13; 5,1; 6,4; 7,2; 10,22; 13,1), en los diferentes viajes de Jesús a Jerusalén y Judea (2,13; 5,1; 7,10; 11,7) o en las principales ubicaciones geográficas donde desempeña su misión (Galilea, 1,19-2,12; Judea, 2,13.3,16; Samaria, 4,1-42; Galilea, 4,43-54; Judea, 5,1-47; Galilea, 6,1-71; Judea, 7,1-20,29; Galilea, 21,1-19).

4. Características literarias

El evangelio de Juan emplea muchos recursos literarios para comunicar su mensaje. Los recursos más llamativos se enumeran a continuación para utilidad del lector.

1) Características retóricas clásicas

La retórica en el mundo antiguo versaba sobre el arte de la persuasión o discusión con un oponente, con el fin de convencer a un auditorio o refutar las acusaciones de un acusador. En su intento de persuadir al lector para que crea en Jesús, el evangelista usa algunas de estas características retóricas. Entre ellas destaca **la polémica**. Jesús aparece a menudo discutiendo con sus oponentes y respondiendo a las acusaciones que le hacen. Esta característica es muy patente en los caps. 5-10, donde Jesús está constantemente enfrentado con los jefes judíos, a propósito de su pretensión de ser Hijo de Dios, y por tanto igual a Dios (5,16-18). Este **trasfondo forense** explica el uso dominante en el evangelio de muchos términos del contexto de tribunales de justicia:

.- Los *testigos* de las pretensiones de Jesús (5,31-40; 14,26-27). Dichos testigos corroboran las declaraciones que hace sobre sí mismo o que otros hacen por él.

.- Los «*signos*» que Jesús realiza (2,11.18.23; 6,2.14.26.30; 7,31; 9,16; 11,47; 12,18.37; 20,20). Estos «*signos*» constituyen *pruebas concretas* y verificables de sus pretensiones de ser Hijos de Dios.

.- El *vocabulario de juicio y sentencia* (3,17-19; 5,22.24.27.30; 7,24,51; 8,15.16.20.50; 12,31.47.48; 16,8.11), el de *incriminación y acusación* (5,45; 8,6; 18,29) e incluso el del Espíritu como abogado (14,16.26; 15,26; 16,7).

2) Equívoco e ironía

Estas dos características están estrechamente relacionadas, aunque una pueda parecer lo opuesto de la otra. En **el equívoco**, Jesús usa un concepto que tiene a la vez un significado natural y otro espiritual o figurado. Sus interlocutores entienden el significado exclusivamente en el sentido natural o literal, mientras que Jesús piensa también en el espiritual o figurado (p.ej.: el templo, 2,19-21; el nacimiento de arriba, 3,3-8; el agua viva, 4,10-15; el alimento de Jesús, 4,31-34; el pan del cielo, 6,32.34; la partida de Jesús, 7,33-35; esclavitud y libertad, 8,31-36; el sueño de Lázaro, 11,11-12; su resurrección, 11,23-24; el camino al Padre, 14,4-6). En cada uno de los casos, el equívoco permite a Jesús explicar mejor el significado espiritual o figurado pretendido.

En **la ironía**, los interlocutores de Jesús hacen una afirmación sobre él con intención despectiva o sarcástica o que expresa de forma inadecuada su identidad. Pero el lector sabe que estas afirmaciones son más verdaderas de lo que el hablante pretende o cree (p.ej.: un maestro de Dios, 3,2; más grande que Jacob, 4,12; que Abraham, 8,35.57-58; muerte por la nación, 11,49.51; la realeza de Jesús, 19,3.14.19.21). Mediante el uso de la ironía, el evangelista hace al lector confidencias como a un iniciado que posee acerca de la verdadera identidad de Jesús un conocimiento del que los interlocutores de Jesús carecen.

3) Doble nivel de significado

a) Algunos conceptos usados en el evangelio tienen **un doble nivel de significado**: el que habría captado el auditorio de Jesús (nivel primario) y el significado que les habría dado el público cristiano postpascual del evangelista (nivel secundario). Esto se aplica en particular a conceptos tales como nacimiento de lo alto, en referencia al bautismo (3,3-8), la hora que se acerca pero que ya está aquí (4,23; 5,25), el agua viva (4,10.14; 7,38) interpretada explícitamente como referida al Espíritu (7,39) y el pan de vida que es la eucaristía (6,35-38).

b) A veces el evangelista usa una palabra que tiene dos significados en el original hebreo o griego. Aprovecha ambos significados simultáneamente jugando con las palabras (p.ej.: viento, Espíritu, 3,8; ser levantado, 3,14; 8,28; 12,32.34; juicio/condena, 3,17).

4) Narrar acontecimientos antes de situarlos o identificarlos

A menudo el evangelista ofrece un contexto o un detalle geográfico de un acontecimiento después de narrarlo (cf. 1,28.39; 4,54; 5,9; 6,59; 8,20; 10,22; 19,20.31). Esto tiene como efecto hacer que el lector concentre su atención primordialmente en **la significación universal** de los acontecimientos narrados, y no tanto en su localización. Por otro lado, el detalle que viene al final da a este mensaje universal sus amarras históricas y geográficas, y en algunos casos ayuda a llevar adelante la narración.

5) Inclusión

En este recurso literario, una palabra o concepto mencionado al comienzo de un pasaje o sección es repetido al final del mismo pasaje o sección para dar énfasis (cf. cordero de Dios, 1,29.36; Caná de Galilea, 2,1.11; 4,46; 21,2; el lugar del bautismo de Juan, 1,28; 10,40; Jesús y su madre, 2,1.4; 19,25.26; la no llegada de la hora de Jesús, 2,4; 7,30; 8,20; su llegada al final, 12,23; 13,1; 17,1). A veces esta vinculación de ideas y motivos abarca amplias secciones del evangelio (p.ej.: 1,28 / 10,40; 2,1 / 21,2; 2,4 / 19,26). El recurso sirve al lector de poste indicador cuando lee atentamente el evangelio; invita a estar alerta al significado acumulativo de los acontecimientos narrados y a su mutua conexión.

6) Del diálogo a la proclamación

Una característica notable del evangelio es que Jesús a menudo comienza una conversación con un individuo o con un grupo, pero, a medida que la conversación avanza, el auditorio parece desdibujarse y pasar a un segundo plano. Esto ha dado pie a pensar que los interlocutores de Jesús son simplemente *una excusa* para que él o el evangelista impartan su enseñanza. Esta característica ha sido atribuida al trabajo de un editor que habría combinado discursos originalmente independientes.

7) Discursos repetidos

Algunos discursos de Jesús en el evangelio están duplicados: unas veces, casi palabra por palabra o versículo por versículo (3,31-36; 5,26-30); otras, sólo a modo de ecos (5,31-32.37-38; 8,13-18). Esta característica es particularmente perceptible en el largo discurso sobre el pan de vida (cap. 6) y en los discursos de despedida (caps. 13-17). Pero, en la mayoría de los casos, las palabras repetidas tienen un distinto matiz de significado en los diferentes contextos. El lector sacará provecho si presta atención a los contextos concretos en los que aparecen tales versículos, motivos o ecos.

5. Características especiales

1) Teología del evangelio

La pregunta central que plantea el evangelio y a la que ofrece una respuesta es «¿Quién es Jesús?». De esta pregunta depende la deseada reacción del lector (cf. 20,31) ante el misterio de Jesús y su misión vivificadora (cf. 4,10). Juan responde a esta pregunta declarando que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. El «Mesías» denota al mesías judío largamente esperado en quien se cumplen todas las promesas hechas a Abraham y al pueblo judío. El evangelio de Juan aporta a esta cuestión **una intuición única**, al declarar que Jesús es el Mesías sólo porque es el Hijo unigénito (no adoptado) de Dios (cf. 1,18); que es también Dios e igual a Dios (cf. 1,1-2; 5,18; 8,58; 10,33.36; 19,7; 20,28).

Este Hijo de Dios se hizo hombre (1,14) con el fin de revelar a Dios (1,18), dar vida en plenitud (10,10) y reunir a los hijos de Dios dispersos (11,52) mediante su muerte en la cruz (19,30). La teología de Juan coincide aquí con la de Pablo, quien declara que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (2Cor 5,18-19). Todos los hechos, obras y palabras de Jesús son los de Dios (cf. 14,9-11), a quien el evangelio se refiere constantemente como «el Padre» y con quien Jesús se relaciona como «el Hijo» (una relación paterno-filial).

El discípulo de Jesús obtiene esta vida eterna conociendo a Jesús y permaneciendo en él (17,3), esto es, teniendo una duradera y fructífera relación personal con él (15,1-17). Este conocimiento se adquiere creyendo en Jesús y acogiéndolo en la propia vida. Mediante este acto de fe, Jesús capacita al creyente para convertirse en hijo de Dios (1,12-13). Aceptar a Jesús significa además compartir concretamente su vida de amor por la gente, llegando incluso hasta la muerte (13,34-35; 15,12-13). Este amor está enraizado en y sostenido por el amor libre e inmerecido de Dios al mundo (3,16). El amor de Dios es la causa de que Jesús se haga hombre para dar vida perdurable a quien crea en él.

2) Carácter polémico del evangelio

Un aspecto dominante del evangelio es su **carácter polémico**. El carácter polémico del evangelio comienza ya en el prólogo (1,1-18) y alcanza su punto culminante en los procesos ante el sumo sacerdote y Pilato (cap. 18). Puesto que Jesús es el Mesías, todas las demás posibles figuras mesiánicas que podían ser confundidas con él quedan relativizadas: Juan el Bautista (1,6-8; 15,19-36; 5,33-36), Moisés y la Ley (1,17; 5,45-47; 9,28-33), Abraham (8,52-59). Tras estas disputas está el interés del evangelista en persuadir al lector para que crea en Jesús. Dicho interés explica también por qué el Jesús joánico parece que, más que proclamar el reino de Dios, en los dichos «**Yo Soy**» se proclama a sí mismo (el pan de vida, 6,35; la luz del mundo, 8,12; la puerta del redil, 10,7; el buen pastor, 10, 11; la resurrección y la vida, 11,25; el camino, la verdad y la vida, 14,6). En el fondo, Jesús y el reino de Dios son realidades inseparables, puesto que él es el principal intermediario que anuncia definitivamente el comienzo de este reino o reinado de Dios y lo encarna.

3) Un evangelio espiritual o interpretativo

El material seleccionado y recogido en el evangelio ha sido etiquetado como «un evangelio espiritual» y como un «evangelio interpretativo» o «evangelio teológico». Esto no quiere decir que el evangelio no contenga hechos históricos. Significa que, más que los sinópticos, se propone deliberadamente escribir una **historia teológica**. El evangelista está interesado en que sus lectores obtengan una profunda comprensión espiritual y teológica de la persona y misión de Jesús, y conviertan esto en la base de su compromiso vital con él, como hicieron los primeros discípulos (cf. 6,67-69). El evangelio es espiritual porque tanto su escritura como el mensaje que encarna fueron inspirados por el Espíritu Santo, enviado por Jesús a guiar a los discípulos hasta la verdad completa acerca de él y de su enseñanza (16,13). Tanto los lectores antiguos como los modernos necesitan la asistencia de ese mismo Espíritu Santo para comprender el mensaje del evangelio.

5) Inquietud por la misión

El evangelio de Juan muestra también una marcada inquietud por la misión, aunque ésta se presenta en la misma clave polémica que la revelación de la identidad de Jesús. La misión, tal como la entiende el evangelio, se refiere especialmente al envío de Jesús al mundo de parte de Dios como signo de su perdurable amor a la humanidad (3,16). Dicho envío constituye la fuente de toda la bendición expresada en el evangelio. Jesús es el único mediador de la

salvación de Dios, y no tiene predecesores ni sucesores. Todos los mensajeros del AT de Dios se presentan como sus testigos o como enviados a preparar el camino ante él; el último de ellos es Juan el Bautista (5,33-35). Moisés y la Ley hablaban de él (5,46), de él dan testimonio las Escrituras (5,39), Abraham se regocijó pensando en ver su día (8,56). Sólo él revela absolutamente a Dios e imparte conocimiento vivificador de él (1,18; 17,1-3) a través de su pasión, muerte y resurrección (cf. 3,14-15) con la que atrae a todos hacia sí (12,32.34).

Desde la perspectiva del evangelio, esta misión tiene consecuencias para los discípulos. Puesto que Jesús es el único que realiza y completa la obra divina de salvación, todos sus discípulos son cosechadores del fruto de esta misión (4,34-38). Su participación misma en el trabajo de la misión se entiende como una recolección, no como una siembra, y su ejercicio es para ellos una recompensa. Por tanto, Jesús no puede ser reemplazado nunca dentro de la comunidad de los creyentes, puesto que continúa capacitando y sosteniendo a dichos creyentes para dar fruto duradero en él (15,1-17; 21,1-14). Sea cual sea la función que desempeñe un discípulo dentro de la comunidad, se convierte en señal de amor y gratitud por la salvación y el sustento recibidos personalmente de Jesús, o por el privilegio que se le ha concedido de tener parte en su vida de amor, que llega incluso hasta la muerte (cf. 21,15-19).

6. Contextos de lectura del evangelio

1) Contexto histórico: destinatarios, autor, fecha

a) Situación vital de los destinatarios.

La marcada preocupación del evangelio por demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, su carácter polémico y su declarada intención de persuadir al lector a creer en el mesianismo divino de Jesús, nos lleva a indagar acerca de la situación vital abordada por el evangelio. La evidencia interna del evangelio nos lleva a afirmar que un gran número de los destinatarios habrían sido judíos o personas familiarizadas con las tradiciones religiosas judías.

El evangelista utiliza profusamente tradiciones judías en su esfuerzo por probar su tesis. Usa intensas imágenes del AT para hablar de Jesús: la palabra de Dios, su mediadora en la creación y mensajera infalible (1,1-18; cf. Gn 1,1-2,3; Is 55,10-11); el profeta lleno de celo por el adecuado culto de YHWH (2,14-17; cf. 1Re 18,1-40; 19,14; Sal 69,9), el profeta escatológico, que da el maná del cielo y multiplica milagrosamente las hogazas de pan (6,11-14; cf. Ex 16,4.15; Sal 78,24; 2Re 4,42.44); promete el agua viva/Espíritu Santo (4,10-15; 7,37-39; cf. Ez 47,1.12; Jl 4,18; Zac 14,8-11); da vista a los ciegos de nacimiento (9,1-7; cf. Is 29,18); se presenta como el verdadero pastor prometido a Israel (10,7-18; cf. Ez 34,1-31); y devuelve los muertos a la vida (11,38-44; cf. 1Re 17,17-24; 2Re 4,32-37).

Como los verdaderos profetas de Israel, Jesús es rechazado (12,37-43) y entregado a la muerte (11,47-53). Sus discursos de despedida se asemejan al discurso pronunciado en su lecho de muerte por Jacob/Israel, que da consejo perdurable a sus descendientes y les suplica que permanezcan en la unidad (caps. 13-17; cf. Gn 49,1-33).

Por lo general se admite que los destinatarios del evangelio se enfrentaban a una crisis de fe en Jesús como el Mesías, Hijo de Dios. La teoría más ampliamente aceptada, basada en 9,22 y 16,2, es que la comunidad destinataria debía de estar afrontando el trauma de la expulsión de la sinagoga. Otra sugerencia, apoyada por las cartas joánicas, es que algunos miembros de la comunidad, después de su conversión inicial, debían de estar seriamente tentados de perder la fe en el mesianismo divino de Jesús, debido a que éste no satisfacía sus expectativas mesiánicas (cf. 1Jn 2,19-29). Mt 11,6 (paralelo Lc 7,23) es una prueba de que personas que inicialmente creyeron en Jesús como el mesías tuvieron problemas más tarde respecto a eso mismo. En Juan, el problema se centra en su identidad divina.

b) Identidad del autor.

Los manuscritos más antiguos del evangelio, datados en el siglo II, llevan la inscripción *kata Ioannen* (según Juan). El nombre Juan significa «Dios es clemente». Dentro del evangelio mismo, el autor o testigo declarado que se encuentra detrás del evangelio es llamado «el discípulo al que Jesús tanto quería» (19,26.35; 21,24). Una antigua tradición de la Iglesia atribuye el evangelio a Juan, el hijo de Zebedeo, uno de los doce apóstoles. Esta tradición se remonta a Ireneo de Lyon, quien afirma haberla recibido de Policarpo, de quien era discípulo y del que dice que departía a menudo con Juan, el discípulo del Señor (*Adv. Haer. III, 3, 4*). Pero ya a finales del siglo II y comienzos del III, esta identificación del autor era ya objeto de debate.

Más importantes son las preguntas planteadas hoy: 1) ¿fue el autor del evangelio realmente un «testigo ocular» de los acontecimientos narrados, como lo afirman el evangelio y la primitiva tradición patrística?; 2) si fue un testigo ocular, ¿fue «Juan» su verdadero nombre?; 3) y en caso afirmativo, ¿fue Juan, el hijo de Zebedeo, uno de los apóstoles, o se trata de otro Juan (p.ej., Juan Marcos [cf. Hch 12,12] o el presbítero Juan [cf. 2Jn 1; 3 n 1])? Como muchos de los problemas joánicos, la cuestión resulta insoluble. La antigua tradición de la Iglesia y la fe común de los fieles es que el autor del evangelio fue Juan, el hijo de Zebedeo, uno de los apóstoles. Por problemática que sea esta solución, las otras no lo son menos. Sin embargo, sostener que Juan el hijo de Zebedeo fue el autor del evangelio no significa que todas las ideas expresadas en el evangelio sean exclusivamente suyas, ni que lo escribiera todo él mismo, sin asistencia de escriba.

En cualquier caso, la cuestión más importante en la discusión sobre la autoría del evangelio se encuentra tanto en el nombre «Juan» dado por la tradición al autor como en el de «discípulo amado», mencionado por el evangelio. Ambos nombres llaman la atención sobre el de Dios y Jesús. El nombre Juan llama la atención sobre la bondad y clemencia de Dios, mientras que la designación «el discípulo al que Jesús amaba» llama la atención sobre el amor de Jesús a ese individuo concreto. Estos nombres no dejan lugar al autor en cuestión para presumir de logro alguno, lo cual quizá explique por qué se abstiene deliberadamente de mencionar su nombre de pila. Con este gesto llama la atención sobre el hecho de que **el verdadero autor del evangelio es el Espíritu Santo**. Esto está en consonancia con el espíritu del evangelio mismo, que aboga por una profunda humildad por parte del discípulo.

2) Fecha y lugar de composición

a) Fecha.

Uno de los problemas más molestos acerca del evangelio de Juan es el relativo a su fecha y lugar de composición. Dicho problema está relacionado con el del autor. Por un lado, el evangelio contiene detalles acerca de costumbres y prácticas religiosas judías que datan de antes de la destrucción de Jerusalén y del culto del Templo por parte de Tito en el año 70 d.C. Algunos detalles geográficos que recoge han sido corroborados por pruebas arqueológicas (p.ej., la puerta de las Ovejas, con una piscina y cinco pórticos en Jerusalén, 5,2). En algunos casos, el evangelio da una cronología más exacta que los evangelios sinópticos (p.ej., en lo relativo a los acontecimientos de la semana de la pasión). Todo esto apuntaría a una fecha anterior a la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. y a un autor que conocía Palestina y las costumbres religiosas judías de primera mano.

Sin embargo, los estudios más recientes datan la composición final del evangelio entre el año 98 d.C., el tiempo de Trajano (bajo cuyo reinado Ireneo data los últimos días de Juan, hijo de Zebedeo), y el 100 d.C.; es decir, después del concilio judío de Yamnia (90 d.C.), cuando se

supone que tuvo lugar la ruptura completa entre la Iglesia y la Sinagoga. Esta última fecha está apoyada por el marcado desarrollo de la teología y la cristología presentadas en el evangelio, por el testimonio de autores patrísticos que atestiguan que Juan escribió el evangelio a una edad muy avanzada, por la evidencia del uso explícito del evangelio por parte de autores antiguos y por las fechas de sus manuscritos supervivientes, el más primitivo de los cuales (P⁵², encontrado en Egipto) data del siglo II.

La composición tardía del evangelio no niega que el evangelio original fuera compuesto mucho antes por un testigo ocular discípulo de Jesús. Sólo postula que el trabajo del redactor final del evangelio, tal y como ahora lo poseemos, dataría de este período tardío.

Una vez más, la cuestión de la fecha y composición del evangelio no ha quedado resuelta definitivamente, ni podrá llegar a serlo a menos que la arqueología descubra pruebas indiscutibles a este respecto. Éste es uno de los misterios del evangelio con los que el lector es invitado a convivir. Lo más importante es el mensaje del evangelio, que constituye el núcleo de la buena noticia de Jesús.

b) Lugar de composición.

Aunque esto también ha sido objeto de disputa, no hay pruebas suficientes para poner en duda el testimonio patrístico de que el evangelio fue escrito en Éfeso, donde se cree que vivió y ejerció su ministerio apostólico Juan el hijo de Zebedeo. Investigaciones muy recientes corroboran esta evidencia patrística, e indirectamente la tradición de que el hijo de Zebedeo es el autor o testigo principal que se encuentra detrás del evangelio.

Nota: Los comentarios al texto evangélico de cada semana son un resumen del comentario a San Juan de **Francis J. Moloney**, sdb, *El Evangelio de Juan*, Ed. Verbo Divino, Estella 2005.